

Ganador del Premio Nobel de Economía

PAUL KRUGMAN

CONTRA LOS

ZOMBIS

ECONOMÍA, POLÍTICA Y LA LUCHA
POR UN FUTURO MEJOR

CRÍTICA

Paul Krugman

Contra los zombis

Economía, política y la lucha
por un futuro mejor

Crítica
Barcelona

Primera edición: febrero de 2020

Contra los zombis. Economía, política y la lucha por un futuro mejor
Paul Krugman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Arguing with zombies: economics, politics, and the fight for a better future*

© 2020 by Paul Krugman

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2020

Dado que la extensión de esta página imposibilita la legibilidad de toda la información referente a los derechos de autoría de la traducción completa, véanse las páginas 429-430.

Primera edición en inglés a cargo de W. W. Norton & Company, [2020]

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-185-4
Depósito legal: B. 1205 - 2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Salvar la Seguridad Social

Después de las «elecciones caquis»

LA NOCHE ELECTORAL de 2004 no causó tanta conmoción como la de 2016, pero supuso una amarga decepción para los progresistas estadounidenses. La imagen de George W. Bush ha mejorado *a posteriori*; la gente lo considera, acertadamente, mejor que Donald Trump y olvida las atrocidades cometidas durante su mandato. Ante todo, llevó a la guerra a Estados Unidos con pretextos falsos y centenares de miles de personas murieron como consecuencia. Ver cómo los votantes recompensaban esta vileza no fue algo agradable.

Además, había muchos comentaristas que no veían las elecciones únicamente como un acontecimiento aislado, sino como el presagio de un liderazgo conservador permanente. Si uno miraba los canales de televisión (en esa época la gente todavía veía las cadenas convencionales), estaban llenos de personas que declaraban la muerte del progresismo estadounidense, la confirmación de que éramos una nación básicamente conservadora.

Sin embargo, un examen más detenido revelaba una historia diferente. Las elecciones de 2004 no fueron una ratificación de las políticas conservadoras, ya que destacaron por la ausencia de debate político, debido en parte a que los asuntos políticos no pudieron franquear la trivialización impuesta por la mayoría de los medios de comunicación. Por ejemplo, en cierto momento examiné las transcripciones de las noticias de un mes para ver qué habían contado a los telespectadores sobre las propuestas sanitarias de los candidatos, que, en realidad, eran muy diferentes. La respuesta fue: nada. Se emitieron un par de reportajes sobre cómo se estaban utilizando políticamente las propuestas en materia de salud, pero ni una sola palabra acerca de en qué consistían.

En su lugar, las elecciones se disputaron en torno a imágenes y percepciones. Bush seguía disfrutando de su fama posterior al 11-S y del espejismo de la victoria en Irak; muchos estadounidenses todavía veían en él a un icono he-

roico de la seguridad nacional, convirtiendo los comicios en lo que los británicos denominan unas «elecciones caquis». Un tema menor pero aun así importante tenía que ver con los valores tradicionales: algunos activistas habían empezado a presionar a favor de la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo y se desencadenó una desagradable reacción en contra.

De este modo, Bush consiguió la reelección, como yo solía decir en broma, haciéndose pasar por un defensor de Estados Unidos frente a los terroristas unidos en matrimonios gays. Sin embargo, inmediatamente después de las elecciones declaró que tenía un mandato para privatizar la Seguridad Social y convertirla en un sistema de cuentas de inversiones individuales.

¿Por qué imaginaron Bush y sus asesores que esto iba funcionar desde el punto de vista político? Parte de la respuesta es que, al igual que muchas personas acomodadas, no tenían ni idea de lo importante que es la Seguridad Social para la mayoría de los estadounidenses.

Si usted es un bien remunerado asesor político, un periodista o trabaja como experto para un *think tanks* o algo parecido, es probable que tenga un buen plan de jubilación privado y espere poseer una cantidad considerable de bienes al cumplir los sesenta y cinco años. Sin embargo, la mayoría de los jubilados dependen de la Seguridad Social para obtener la mayor parte de sus ingresos y, para una tercera parte aproximadamente, es prácticamente su única fuente de ingresos. Cuando la gente comenzó a darse cuenta de que Bush quería socavar de verdad el programa, no se puso, lo que se dice, contenta.

Bush y compañía no solo no comprendieron lo apreciada que es la Seguridad Social entre los votantes en general. También confiaron demasiado en el consenso de las élites.

Puede que las cosas estén empezando a cambiar últimamente, pero durante el período que analiza este libro había en todo momento cosas que todo aquel que quería parecer sensato y bien informado en los círculos de Washington «sabía» no porque fueran ciertas, sino porque era lo que todos los demás miembros de la élite estaban diciendo. Y una de ellas era que la Seguridad Social estaba en crisis y necesitaba una reforma drástica. Quienes afirmaban esto no habían indagado en cómo funciona el sistema de jubilación en Estados Unidos o en la aritmética de su futuro; sabían que eso era lo que se esperaba que dijeran. Como escribí en cierto momento, decir que la Seguridad Social padecía una crisis que exigía recortes de prestaciones era un «distintivo de seriedad».

El deseo de parecer serio iba acompañado de un deseo de parecer moderno. La Seguridad Social ya existía desde hacía ochenta años cuando se entabló el debate sobre su privatización, y un buen número de comentaristas utilizaba la edad como pretexto para aducir que había que reformarla y convertirla en algo acorde con el siglo XXI.

Al fin y al cabo, las pensiones corporativas habían cambiado drásticamente: la anticuada pensión con «prestaciones definidas», en la que se abonaba una cantidad fija cada mes, había dado paso a los planes de «cotizaciones definidas», en los que se depositaba dinero en una cuenta de inversión. ¿Por qué no hacer lo mismo con la Seguridad Social? Lo cierto es que había muy buenas razones. De hecho, el nuevo nivel de riesgo de los planes de jubilación privados hacía que fuera todavía más importante que las personas tuvieran unos ingresos estables garantizados por si sus inversiones salían mal. Pero esto no era nada obvio para personas que no estaban acostumbradas a pensar mucho en los aspectos económicos de la jubilación.

Y ahí es donde intervine yo (y varios analistas políticos progresistas).

Dos cosas, principalmente, salvaron a la Seguridad Social de la privatización: la inmensa oposición de la opinión pública cuando comprendió lo que estaba ocurriendo y la postura firme de los dirigentes demócratas, en especial de Nancy Pelosi, en contra de las estupideces de la élite. (Al preguntarle a Pelosi cuándo iba a presentar su propio plan para la Seguridad Social, respondió: «Nunca. ¿Le sirve nunca?».) No obstante, las personas como yo también podíamos desempeñar un papel, que en ese momento parecía importante, a la hora de desmontar el disparate: mostrando que la supuesta crisis no era real, que la privatización no era la respuesta a un problema real, que prestar ayuda básica durante la jubilación es algo que debe hacer el gobierno y que puede hacer mejor que el sector privado.

Y sucedió algo asombroso. Por primera vez desde que soy columnista en *The New York Times*, mi bando venció en un debate político.

La Seguridad Social asusta

5 de marzo de 2004

EL INFORME ANUAL del Consejo de Administración de la Seguridad Social revela un sistema que goza de bastante buena salud financiera. De hecho, bastaría con pequeñas inyecciones de fondos para mantener el nivel actual de beneficios durante al menos los próximos setenta y cinco años. Otros informes, sin embargo, parecen describir un sistema con graves problemas financieros. Por ejemplo, un estudio del Tesoro de 2002, citado el martes en *The New York Times*, afirma que la Seguridad Social y Medicare tienen un descuberto de 44 billones de dólares. ¿Cuál es la verdad?

He aquí una pista: aunque incluso políticos de derechas insisten en público en que quieren salvar la Seguridad Social, los ideólogos que influyen en sus opiniones están deseando tener una excusa para dismantelar el sistema, por lo que se han de leer con sumo cuidado los informes alarmantes elaborados por personas que trabajan en instituciones con motivaciones ideológicas, una lista que ahora incluye al Tesoro.

En primer lugar, dos palabras («y Medicare») marcan una enorme diferencia. Según el estudio del Tesoro, solo el 16 % de ese déficit de 44 billones de dólares proviene de la Seguridad Social. En segundo lugar, el supuesto déficit de ambos programas proviene principalmente de proyecciones sobre un futuro lejano; el 62 % del déficit combinado se produce después de 2077.

Entonces, ¿muestra el informe del Tesoro una crisis inminente de la Seguridad Social? No.

El problema de la Seguridad Social es en sí un asunto demográfico: a medida que la población envejezca, la cifra de jubilados aumentará con más rapidez que la de trabajadores. Como consecuencia, los gastos en prestaciones aumentarán en aproximadamente un 2 % del PIB a lo largo de los próximos treinta años y lentamente a partir de entonces. En comparación, hacer perma-

nentes los recortes fiscales de Bush reduciría los ingresos en al menos un 2,5 % del PIB a partir de ahora. Esta es la razón, junto con el hecho de que la Seguridad Social registre actualmente un superávit —a diferencia del resto del gobierno federal—, de que los recortes fiscales de Bush sean un problema mucho mayor para el futuro fiscal de la nación que el déficit de la Seguridad Social.

Aunque se suele relacionar a Medicare con la Seguridad Social, es un programa diferente que afronta problemas diferentes. El aumento previsto de los gastos de Medicare está impulsado principalmente no por la demografía, sino por el coste creciente de la atención médica, lo que, a su vez, refleja los avances médicos que permite tratar una mayor variedad de enfermedades.

Si esta tendencia continúa, lo que no es en absoluto seguro cuando se considera a muy largo plazo, podríamos enfrentarnos a la larga a un verdadero dilema que afecta a toda la asistencia médica, no solo a la atención de los jubilados: un dilema tanto moral como económico. Podría llegar a darse el caso de que ofrecer a todos los estadounidenses todas las ventajas de la medicina moderna obligará al gobierno a recaudar mucho más dinero que ahora, pero no proporcionar esa atención significará ver cómo estadounidenses pobres y de clase media mueren prematuramente o sufren una fuerte degradación de la calidad de vida porque no pueden permitirse un tratamiento médico completo.

No obstante, este dilema estará ahí independientemente de lo que hagamos con la Seguridad Social. Ni siquiera está claro que debamos intentar resolverlo ahora. Estoy a favor de adoptar una perspectiva a largo plazo; cuando la administración realiza proyecciones presupuestarias únicamente para cinco años con el fin de ocultar los costos conocidos algunos años más, uno no puede sino indignarse. Planifiquemos con mucha antelación, por supuesto, pero establezcamos algunos límites. Cuando la gente formula advertencias ominosas sobre los costes de Medicare después de 2077, mi pregunta es: ¿por qué deben reflejar las decisiones fiscales de hoy los posibles costes de proporcionar a generaciones que todavía no han nacido tratamientos médicos aún no inventados?

El mayor riesgo al que se enfrenta ahora la Seguridad Social es político. ¿Utilizarán quienes odian el sistema tácticas para asustar y cálculos confusos para derribarlo?

Después de que Alan Greenspan pidiera recortes de las prestaciones de la Seguridad Social, miembros republicanos del Congreso declararon que la respuesta era crear cuentas de jubilación privadas. Es asombroso que sigan pregonando este elixir milagroso; y más increíble aún que los periodistas continúen dejando que se salgan con la suya. Ayer, en *The Wall Street Journal*, un articulista declaró juiciosamente que las «cuentas personales por sí solas no remediarán los males de la Seguridad Social». Supongo que es verdad; del

mismo que comer solo donuts no hará que uno pierda peso. ¿Por qué es tan difícil decir claramente que la privatización empeoraría, en lugar de mejorar, las finanzas de la Seguridad Social?

¿Debemos considerar emprender reformas modestas que reduzcan los gastos o amplíen la base de ingresos de la Seguridad Social? Sin duda. Pero cuidado con quienes afirman que debemos destruir el sistema para salvarlo.